Yasuda Toshiaki 安田敏朗,
Kanji haishi no shisōshi 漢字廃止の思想史 [Historia intelectual de la abolición de los kanji en Japón],
Tokio, Heibonsha, 2016, 549 páginas

Como es bien sabido, el punto de partida del movimiento moderno de reforma de la escritura en Asia Oriental fue el conflicto entre la forma de los sinogramas (o "caracteres chinos", llamados *hanzi* en chino y *kanji* en japonés) y la fonética. En China esto se tradujo en la separación entre el chino clásico y el chino vernáculo. Hace dos siglos, en China, Corea, Vietnam y Japón, la gente podía comunicarse mediante el chino clásico principalmente porque era una lengua escrita, desligada de la oralidad. Como resultado, el Este asiático se integró en una comunidad lingüística unificada en el siglo VIII, a más tardar, y así se mantuvo hasta finales del siglo XIX. En 1963, el estudioso japonés Kōno Rokurō denominó a esta comunidad la "esfera cultural del sinograma".

La *Historia intelectual de la abolición de los kanji* examina los diversos debates intelectuales y sociales en torno a la "abolición" y la "restricción" de los sinogramas o *kanji* en el Japón moderno, desde la era Meiji hasta la posguerra. El autor, Yasuda Toshiaki, es actualmente profesor en la Escuela de Posgrado de Lengua y Sociedad de la Universidad de Hitotsubashi y se especializa en la historia de la política lingüística japonesa. A diferencia de los estudios focalizados en la lingüística o las instituciones, este libro dedica ocho capítulos a revelar las ideologías que subyacen a los proyectos de abolición de los *kanji*.

Antes de profundizar en los argumentos de cada capítulo, es necesario explicar el marco conceptual de este libro: se trata de los conceptos opuestos de "transmisión para la posteridad" y "respuesta al presente". "Transmisión" se refiere al lenguaje como patrimonio cultural y espiritual, legado de generación en generación. Su prioridad es la preservación de la identidad nacional. "Respuesta al presente", en cambio, se refiere a una visión del lenguaje que prioriza la eficiencia y la practicidad (pp. 15, 31-33). El primer capítulo empieza con un debate de 1942, aparecido en el periódico coreano *Bandera Verde*, donde se exponen dos posturas diametralmente opuestas. Por un lado, la postura de "respuesta" del estudioso de la lengua japonesa Hoshina Kōichi y del excoronel del cuerpo de Ingenieros del Ejército Kōno Tatsumi, que abogaban por restringir o abolir los caracteres chinos. Por el otro, la del periodista de *Asahi Shimbun*, Shimada Haruo, que enfatizaba la sacralidad del japonés como vehículo de "transmisión" y consideraba la reforma lingüística como una "política colonial británico-estadounidense" (pp. 13-15). A partir de este debate, el autor saca una conclusión: aunque los caracteres chinos suelen considerarse "símbolos de la mentalidad japonesa", es decir como una "transmisión", es necesario comprender en qué ideas y necesidades sociales se basaban quienes abogaban por la abolición de los caracteres chinos en función de una "respuesta al presente" (pp. 37-39).

A partir de este marco conceptual, el segundo capítulo analiza las propuestas de abolición de los sinogramas durante el movimiento de *bunmei kaika* ("civilización e Ilustración") a principios de la era Meiji. La iniciativa se remonta al memorial que Maejima Hisoka entregó en 1866 al shogun Tokugawa Yoshinobu. El documento se titulaba "Sobre la abolición de los *kanji*". Maejima Hisoka argumentaba que los sistemas de escritura fonética occidentales eran más económicos y directos, y que los sistemas de escritura fonética eran más instrumentales; por lo tanto, Japón debía abolir los caracteres chinos, difíciles de aprender, y adoptar como escritura nacional los silabogramas o *kana* japoneses. Si bien el gobierno Meiji, establecido en 1868, no adoptó el enfoque radical de abolir los caracteres chinos, la población entendió su importancia para el

proyecto de unificación del lenguaje hablado y escrito. Por ejemplo, Miyake Yonekichi y Katō Hiroyuki, desde la perspectiva del entonces popular darwinismo social, aceptaron el principio de la supervivencia del más apto en la evolución del lenguaje y abogaron por la evolución del idioma japonés mediante la reforma de la escritura y del idioma nacionales (pp. 58-65). Esta defensa inicial de la abolición de los caracteres chinos estaba estrechamente ligada a la ansiedad por "abandonar Asia y unirse a Europa".

El tercer capítulo pasa del *bunmei kaika* a la "competencia internacional" y el "desarrollo industrial". A medida que Japón se unía a las filas de las naciones poderosas del mundo, los intelectuales e industriales creían que el tiempo perdido en aprender caracteres chinos debía redirigirse a la educación profesional práctica y a la enseñanza de idiomas extranjeros. Las actividades de la Asociación de la Escritura en Kana fueron particularmente prominentes en las décadas de 1920 y 1930. Fundada por Yamashita Yoshitarō, la asociación atrajo la participación de importantes industriales de Kansai. Tras presenciar la eficacia de las máquinas de escribir inglesas, el industrial Itō Chūbei promovió con ahínco las máquinas de escribir en *kana*, llegando incluso a implementar en los documentos oficiales de su empresa un sistema de escritura *katakana* [uno de los dos silabarios japoneses] en horizontal y de izquierda a derecha. El banquero de Osaka, director de la Asociación de Escritura en Kana y primer defensor japonés del "scientific management" de Frederick W. Taylor, Hoshino Yukinori, creía que la abolición de los caracteres chinos y la promoción de la escritura en *kana*, así como la escritura horizontal de izquierda a derecha, eran necesarias para mejorar la productividad nacional. El educador Tanaka Kanichi intentó demostrar que los japoneses estaban limitados por la pesada carga de los caracteres; el oftalmólogo Oguchi Chūta creía que la complejidad de los *kanji* era la principal causa del aumento de la miopía en Japón; el psicólogo Ueno Yōichi criticó su ineficiencia. Se trataba de "respuestas" a la lógica de la industria capitalista. Como afirmó Tamaru Takurō en su *Sobre la romanización y la escritura nacional* (1914): "Debemos promover la educación de manera más eficaz y económica para no quedarnos atrás en la feroz competencia por el poder en el mundo. Por esta razón, debemos abandonar los *kanji* en la escritura cotidiana y adoptar el alfabeto latino (*rōmaji*) como la escritura oficial del japonés" (p. 88).

A finales de la década de 1930, cuando Japón entró en un sistema de movilización total, su política de escritura se enfrentó a un dilema sin precedentes: por un lado, existía la necesidad de llevar al extremo la "eficiencia de la movilización"; por el otro, la necesidad de defender la "dignidad nacional". Estas dos fuerzas chocaron ferozmente en los ámbitos militar, político y social. El capítulo cuatro comienza con el nombramiento de Hirao Hachisaburō –figura clave de la Asociación de Escritura en Kana– como ministro de Educación en 1936. En aquel entonces, el conservador Katō Masanosuke lo cuestionó severamente, argumentando que la abolición de los *kanji* afectaría documentos sagrados del Imperio y destruiría la "identidad nacional". Si bien Hirao Hachisaburō no llevó adelante la abolición, los caracteres chinos fueron restringidos. En 1940, el Ministerio del Ejército emitió regulaciones para simplificar la terminología de las armas, limitando estrictamente el número de caracteres chinos utilizados. El alto mando militar declaró que esta limitación tenía como objetivo redirigir la energía de los soldados hacia la adquisición del conocimiento científico necesario para la guerra moderna. Sin embargo, como el ejército se apoyaba en la "movilización espiritual nacional" para adoctrinar a los soldados, la contradicción entre "respuesta" y "transmisión" no pudo ser superada.

El quinto capítulo analiza el caso del "movimiento de romanización de izquierda" de 1939: cómo los marxistas consideraban la abolición de los caracteres chinos como una parte importante de la revolución proletaria. En la década de 1930, a pesar de la severa represión, un grupo de intelectuales de izquierda intentó combinar la reforma lingüística con el derrocamiento del sistema. Era la propuesta de la Sociedad de Investigación del Materialismo, liderada por Takakura Teru. Esta sociedad consideraba los

caracteres chinos como una herramienta utilizada por los gobernantes feudales para obstaculizar la difusión del conocimiento, herramienta que había provocado profundas divisiones lingüísticas entre clases y territorios. Los miembros de la Sociedad de Investigación del Materialismo argumentaban que, para liberar a las masas, era necesario derrocar este idioma feudal, establecer un idioma estándar basado en el japonés hablado por las masas y adoptar completamente el alfabeto latino. Para ellos, la evolución lingüística atravesaría las siguientes etapas: mezcla de *kanji*, *kana* y dialectos en la etapa feudal; alfabeto latino en la etapa capitalista; el esperanto en la sociedad comunista. Promover el alfabeto latino y el esperanto no solo implicaba desmantelar el sistema imperial japonés, sino avanzar hacia el comunismo. De este modo, a pesar de las contradicciones ideológicas, izquierda y derecha pudieron coexistir en la Asociación Nacional de la Lengua, respaldada por el Ministerio de Educación.

El capítulo siete se centra en un intenso choque ideológico ocurrido en 1942, al inicio de la Guerra del Pacífico, conocido como la "Crisis de la Lengua Nacional". El detonante de esta conmoción fue la publicación de la "Lista Estándar de Caracteres Chinos" por el Consejo Nacional de la Lengua del Ministerio de Educación, cuyo objetivo era restringir el uso de los *kanji*. Este borrador irritó de inmediato a los tradicionalistas y nacionalistas de derecha. Los conservadores, liderados por Shimada Haruo, se movilizaron rápidamente, criticando el Movimiento Nacional de Reforma Lingüística como una "conspiración judía" y un "nido de comunistas" (p. 343). El bando conservador creía que la fortaleza de Japón no provenía de la eficiencia científica, sino del "espíritu" cultivado mediante el uso de caracteres chinos (p. 354). Esta batalla ideológica culminó en una victoria total para la facción de la "transmisión". En diciembre de 1942, el Ministerio de Educación cedió a la presión y promulgó una versión revisada de la "Lista estándar de *kanji*", aumentando el número de caracteres permitidos y eliminando por completo los elementos restrictivos y abolicionistas originales (pp. 348-350).

En esta línea, el capítulo seis analiza la abolición de los caracteres chinos "desde abajo". Este capítulo no aborda la teoría del uso exclusivo del *kana* ni la teoría del uso exclusivo del alfabeto latino, sino que explora proyectos individuales y populares de escritura alternativa. Yasuda Toshiaki traza la historia de estas "nuevas escrituras nacionales" desde el período Meiji hasta la era Shōwa. Ciudadanos comunes, sus creadores se dedicaron a ella con una obsesión casi fanática, pero sus propuestas casi nunca fueron adoptadas por la sociedad. El caso central de estudio es la "escritura Shōwa", creada por Yoneda Uichirō. Tras haber experimentado las dificultades de aprendizaje que los *kanji* y los *kana* históricos causaban a los estudiantes, este profesor renunció a su puesto y dedicó 13 años a inventar una nueva escritura conocida como "Escritura para la Salvación Nacional" (pp. 276-277). Se trataba de una simplificación adicional del silabario *katakana*. Yoneda Uichirō argumentaba que la adopción de esta escritura podría acortar significativamente los años de educación obligatoria, ahorrar importantes fondos para la educación y reducir la deuda nacional. Sus peticiones fueron siempre rechazadas, pero su caso muestra que el argumento de la "respuesta" había calado hondo en la opinión pública.

En 1945, la derrota de Japón en la guerra brindó una nueva oportunidad de "respuesta" para la abolición de los caracteres chinos: la democracia. Tres meses después de la derrota, el 12 de noviembre de 1945, el periódico *Yomiuri Hochi* publicó un editorial en primera plana titulado "¡Abolir los *kanji*!". El artículo oponía un esquema de "*kanji* = feudalismo = militarismo" a "alfabeto latino = eficiencia = democracia" (p. 371). La Misión Educativa americana sugirió que Japón aboliera los *kanji* y adoptara el alfabeto latino para cultivar un espíritu cívico democrático. La Asociación de Escritura en Kana y los intelectuales de izquierda vincularon su defensa de la "eficiencia" o la "liberación de clase" con la "democratización", intentando presentar la abolición de los caracteres como parte de este proceso. En noviembre de 1946, la "Lista de *kanji* a utilizar", elaborada por el Consejo Nacional de la Lengua, limitaba el uso de los *kanji*. Algunas expresiones indican que existía aún la voluntad de abolir gradualmente los caracteres chinos. El problema

se resolvió con el desarrollo y uso generalizado de ordenadores, en particular del software para la conversión entre silabario y sinogramas.

Los *kanji* son simples signos. Considerados por unos como un "símbolo del feudalismo", y por otros como símbolo de la "mentalidad japonesa", el debate entre las distintas posiciones se ha mantenido atrapado en el atolladero del nacionalismo extremo. Yasuda Toshiaki nos recuerda que la política lingüística no debe limitarse a servir a la "eficiencia" de la nación o una "tradición" abstracta, sino que debe volver a las necesidades reales de los hablantes, reconocer la diversidad lingüística y trascender la dicotomía entre "transmisión" y "respuesta".

Chen Chien-shou
Academia Sinica, Taipei

Traducido del chino por
Pablo A. Blitstein